

ECONOMIA Y CIENCIAS SOCIALES

Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales

Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales

Universidad Central de Venezuela

reveciso@faces.ucv.ve

ISSN (Versión impresa): 1315-6411

VENEZUELA

2004

Sandrine Revet

¿QUIÉN SOY? ¿QUIÉNES SOMOS? ENTRE CATEGORIZACIÓN Y ESTIGMA.
¿CÓMO GESTIONAN SUS IDENTIDADES LOS VENEZOLANOS DAMNIFICADOS?

Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, enero-abril, año/vol. 10,
número 001

Universidad Central de Venezuela

Caracas, Venezuela

pp. 39-57

¿QUIÉN SOY? ¿QUIÉNES SOMOS? ENTRE CATEGORIZACIÓN Y ESTIGMA. ¿CÓMO GESTIONAN SUS IDENTIDADES LOS VENEZOLANOS DAMNIFICADOS?¹

Sandrine Revet

Introducción

En diciembre de 1999, una catástrofe “natural” afectó varios estados de Venezuela y un sector de su capital, Caracas. El estado costero de Vargas fue golpeado con una intensidad particular. La montaña que lo separa de Caracas fue literalmente barrida por las intensas y continuas lluvias, arrastrando a su paso habitantes, construcciones e infraestructuras que toneladas de barro enterraron. Tres años luego del evento, el balance en cifras de esta catástrofe todavía está en discusión. Se estima entre 30.000 y 50.000 el número de muertos y 200.000 el de personas damnificadas.

Luego del drama, el gobierno ubicó refugios para acoger a los sobrevivientes en la zona afectada y en otras áreas del país. En dichas carpas, cuarteles militares u otros locales provisionales, ciertos damnificados permanecieron hasta un año en condiciones, a veces, más que precarias². En esas circunstancias estas personas debieron aprender a cohabitar entre vecinos que a menudo solo tenían en común la memoria de la catástrofe.

Entre el 12 y el 15 de noviembre de 2000, nuevas lluvias abaten la región del litoral central y las corrientes de lodo causan nuevas víctimas. El gobierno decide

¹ Este artículo fue publicado en los *Cahiers des Amériques Latines*, n° 40, 2002, Iheal, París. Se realizó a partir de mi trabajo de investigación para el DEA (Diploma de Estudios Avanzados), equivalente a Maestría, Estudios de las sociedades latinoamericanas en el Iheal (París), Instituto de Altos Estudios de América Latina, “Crisis, ruptura y tácticas de reconstrucción. Catástrofe natural y desplazamiento de población en Venezuela”, bajo la dirección de Christian Gros y Odile Hoffmann, 2002, 150 pp. Gracias a mi colega y amigo doctor Carlos Agudelo por la traducción y el apoyo en el trabajo de relectura. Las citaciones de textos teóricos han sido traducidas a partir de las versiones francesas de los mismos.

² Según las estimaciones oficiales 120.000 personas transitaban por los refugios.

entonces evacuar los refugios y desplazar los damnificados hacia otras regiones del país, poniendo a su disposición viviendas para que se instalen definitivamente.

De las 16.000 familias reubicadas³, 1.700 fueron conducidas al estado Zulia. Este estado fue el que recibió el número más importante de personas desplazadas. Los demás fueron reubicados en otros 18 estados de los 23 que componen el país. El trabajo que presentamos se desarrolla a partir de la situación de las familias que fueron desplazadas al estado Zulia.

En sus nuevos lugares de residencia, la situación general es actualmente de una relativa inestabilidad. Del conjunto de barrios visitados en diciembre de 2001, no permanecían en promedio entre 30% y 40% de las familias damnificadas. Los recién llegados a los barrios que les había atribuido el gobierno se vieron confrontados con situaciones de rechazo y de estigmatización particularmente significativas. En estos procesos que permitieron el surgimiento o la construcción de una “alteridad peligrosa”, algunos factores encuentran su origen en el evento mismo, otros parecen anclados más profundamente en la historia social e identitaria del país. Estos fenómenos evocan de manera más general las situaciones de confrontación que surgen de la cohabitación entre “establecidos” y “marginales”, retomando la terminología de Norbert Elias (1965).

El objetivo del presente artículo es examinar el proceso de construcción del estigma que rodea a los damnificados sobrevivientes de la catástrofe. Esta estigmatización, en la cual la prensa ha jugado un papel esencial, nace en los días y semanas que siguieron a la catástrofe para incrementarse después con el desplazamiento de gran parte de los damnificados a distintas zonas del país. El estudio de las diferentes categorías surgidas en ese contexto permitirá interrogarse sobre los mecanismos que a partir de esas situaciones impulsan la construcción de nuevas “identidades” y sobre su apropiación o no por los actores concernidos. A partir de la nivelación brutal operada por la catástrofe, se ha asistido, en efecto, a un encogimiento de la base social, económica, y tal vez igualmente de la base identitaria. Durante un tiempo, la identidad de estas personas pareciera reducida a un solo marcador, el de damnificado. ¿Se puede decir entonces que se está ante el surgimiento de una “nueva identidad”, con la aparición de un nuevo grupo en el seno de la sociedad venezolana?

El estigma

Situaciones de crisis tales como las catástrofes naturales constituyen un prisma particularmente pertinente para el estudio de mecanismos sociales ya existentes pero que en circunstancias críticas dejan de estar escondidos por las normas sociales comunes. Las situaciones de rechazo y estigmatización con las cuales

³ Cifras oficiales del Fondo Único Social (FUS), organismo dependiente del gobierno nacional.

son confrontadas las personas desplazadas no encontrarían solamente sus raíces en los eventos ligados directamente a la catástrofe natural, sino que podrían revelar aspectos del funcionamiento de la sociedad venezolana.

Los griegos utilizaban la palabra *stigma* para designar “marcas corporales destinadas a exponer lo que era inhabitual y detestable del estatuto moral de la persona así señalada” (Goffman, 1975, 11). Esta noción atañe entonces a dos aspectos fundamentales: el cuerpo y la moral. A partir de estos dos aspectos es que se desarrollan, por lo demás, sentimientos ligados con el miedo al mancillamiento y la contaminación (Douglas, 1971) que están inscritos en los comportamientos de rechazo implementados por todos los actores que son llevados a cohabitar en los nuevos barrios del estado Zulia que hemos estudiado. En efecto, la estigmatización, debiendo evocarse en términos de relación y no de atributos (Goffman, 1975, 13), permite constatar que estos procesos han sido desplegados tanto por aquellos que llegan al estado Zulia como por quienes les han “acogido”. Para evitar el escollo de un análisis que consistiría en separar unos y otros en grupos diferenciados e inmutables, recordemos con Goffman (1975, 160) que:

La noción de estigma no implica tanto la existencia de un conjunto de individuos concretos separables en dos columnas: estigmatizados y normales, como la acción de un proceso social omnipresente que conduce a cada uno a cumplir los dos papeles, al menos en ciertas relaciones y en ciertas fases de la vida. El normal y el estigmatizado no son dos personas sino dos puntos de vista.

Damnificados, luego ¿peligrosos?

Si se busca comprender los mecanismos ligados a la creación del estigma que afecta a los damnificados, hay que subrayar primero aquellos que están directamente ligados a la catástrofe. Ésta, en tanto que evento trágico que marcó la memoria del país como una ruptura a partir de la cual “ya nada será como antes”, constituye en parte el punto de partida de la existencia de un grupo que vive, desde el evento, a la deriva del conjunto de la sociedad. Los damnificados, sobrevivientes de un evento impactante, son también los portadores de una memoria que se quisiera ocultar. “El ‘portador de memoria’ puede estar dotado de prestigio si aquello que hace recordar está valorizado (es el que sabe) o estigmatizado cuando la imagen del pasado que él vehicula es rechazada por toda la sociedad (es aquel del cual no se quiere saber nada)” (Candau, 1996, 68).

Hay que destacar el papel de la prensa como actor del proceso de estigmatización. En efecto, en las zonas devastadas por el lodo y mientras las operaciones de salvamento se desarrollaban, se cometieron saqueos y actos de violencia difíciles de evaluar cuantitativamente. Mientras la naturaleza se desencadena, ciertas personas ejecutaron actos de una violencia que marcarán al país durante lar-

go tiempo. Como en los relatos del “fin del mundo” el rumor⁴ movilizado por la prensa habla de ajustes de cuentas, de linchamientos, de beneficios logrados sobre los muertos y heridos, de violencias de los militares, de violaciones, de asesinatos y numerosos saqueos de las casas de los barrios acomodados que fueron destruidos por el barro.

La prensa presenta entonces titulares sensacionalistas tales como “Mil jóvenes violadas, 15.000 viviendas saqueadas” (*Puerto* [Vargas], 28-1-2000). Desde ahí se comienza a hablar de la inseguridad que reina en Vargas y los titulares del tipo: “Reclaman mayor seguridad en Vargas” (*El Universal*, 7-2-2000) no abandonarán la primera plana de los diarios en los meses siguientes.

La relación “gentes de Vargas = delincuentes” marcó y marca todavía los discursos. Ella es retomada actualmente tanto por las personas que cohabitan con los “desplazados” como por aquellos que trabajan con ellos. Dicha relación es también establecida por los propios damnificados que recuperan el discurso, cuando dicen que han sido asimilados, a su pesar, a una pequeña minoría que serían, según ellos, verdaderamente delincuentes.

Para visualizar de manera más precisa lo que abarca el estigma que es asociado al hecho de ser damnificado, podemos escuchar lo que dice Ana Flores, desplazada a San Benito en el Zulia. Ella tiene 35 años y vive con su madre y uno solo de sus seis hijos. Ana quiere vender su casa y partir a Yaracuy, entre Valencia y Barquisimeto. Allá ella no tiene familia ni amigos. Le preguntamos entonces si ella no se sentirá también rechazada y extraña como en el Zulia. Esta fue su respuesta:

Yo quiero vender la casa y llegar [ella hace el gesto de despegarse algo de la frente] quitándome de la frente la etiqueta de *damnificada*. Llegar allá y no contar que yo he vivido la tragedia. Decir que me instalo en Yaracuy porque me gusta el sitio, no sé, cualquier cosa... (Entrevista, 22-12-2001)

Estamos frente a lo que Goffmann llama la “información social” (1975, 58), esencial en la medida en que permite distinguir entre los individuos estigmatizados, el “desacreditado” del “desacreditable” (57). Teniendo la posibilidad de manejar la información que concierne a su vivencia de damnificada, Ana Flores se coloca del lado de los “desacreditables”. Ella identifica claramente el origen del estigma con la catástrofe natural. Su táctica consiste en disimular su vivencia con el fin de evitar la estigmatización. Para evitar el ámbito peyorativo de la identificación con el grupo de los *damnificados*, ella proyecta utilizar “desidentificadores”

⁴ Con la utilización del término “rumor” no se trata de negar la realidad de las violencias que se desataron, pero sí de señalar la forma como las informaciones sobre el tema se propagaron.

(Goffman, 1975, 114), es decir, implementar tácticas que le permitan construir un relato que oculte la relación con la fuente del estigma.

¿Peligrosos en tanto que diferentes?

Una parte del estigma corresponde bien con el evento en sí mismo. Pero hay otros factores que le dan un sentido o permiten la construcción de esta categorización negativa. Se trata de ciertos marcadores referentes al modo de vida, los hábitos, las costumbres, a los zócalos culturales reales o atribuidos. Algunos proponen una lectura étnica de la catástrofe natural, poniendo el acento en el hecho de que la mayoría de la población del estado Vargas es “afro-venezolana” (García, 2000). Aunque buena parte de las personas contactadas no evocan explícitamente el color de la piel, las apariencias fenotípicas o la terminología “étnica” para intentar explicar las dificultades encontradas por los desplazados, sí se hará alusión a su manera de comportarse o de vivir.

De esa forma, se dirá que las gentes de Vargas son “alegres, activas, negras, viven en el ‘día a día’, aman los tambores”⁵ o también que “Vargas es un estado costeño con una tradición afro-latina, ellos son alegres, parranderos, con tradición de tambores, de cerveza, de música”⁶. Mientras la gente del Zulia son más “convenidos, cuidadosos”⁷ o más “conservadores, menos abiertos”⁸. Se escucha decir igualmente que porque ellos vienen de un estado costero “los de Vargas” no saben trabajar sino en lo informal, que no son calificados. “Si se hiciera un estudio económico de cada uno de ellos, se vería que muchos son lo que uno llama ‘toeros’ en cuanto a trabajo, personas que hacen de todo”⁹.

Todos estos marcadores que asocian el origen regional, las “tradiciones culturales” y ciertos “comportamientos” nos inclinan a reflexionar sobre las manifestaciones de un racismo latente e inconfesado en Venezuela a pesar de los discursos contruidos sobre el “mestizaje armónico” y la “democracia racial” promulgada desde el siglo XIX por el presidente Guzmán Blanco (Pollak-Eltz, 1993). Este “racismo vergonzante” (Briceño León, 1992, 150) que permite ocultar la existencia de una relación proporcionalmente inversa entre capital y negritud (151) es una construcción colectiva implementada por el conjunto de la sociedad venezolana.

Por su carácter vergonzante, este fenómeno no es asumido. Es así como en el curso de las entrevistas, cuando nuestros interlocutores evocan problemas de “culturas” que serían incompatibles, y pedimos precisiones o detalles, a menudo

⁵ Entrevista con responsable de una ONG en Zulia, 13-12-2001.

⁶ Entrevista con diputado de la Asamblea Nacional, representante de Vargas.

⁷ *Ibíd.*

⁸ *Ibíd.*

⁹ Entrevista con el responsable del FUS en el Zulia 12-12-2001.

explicaciones más estructurales son destacadas: las diferencias de formación o de profesión, lo que permite hablar en términos de diferencias de clases sociales, preferibles que movilizar ciertos propósitos racistas.

La estigmatización a la que asistimos se articula entonces claramente con la catástrofe natural, pero los mecanismos utilizados recurren a construcciones anteriores. Es así como, a lo largo de las narraciones y las entrevistas, alusiones a las fracturas implantadas en la sociedad venezolana, entre “ricos” y “pobres”, “negros” y “blancos”, “costeños” y “andinos”, resurgen con la fuerza que les imprime el ser explicitadas por el desasosiego de la crisis. Todos los marcadores del “sentido común”, como la manera de hablar, de vestirse, la música y hasta la alimentación, intervienen entonces participando del sentimiento de amenaza y de malestar expresados por unos y al rechazo y distanciamiento de los otros.

Categorizaciones, identificaciones

Es necesario detenerse sobre los procesos de construcción de categorías en ese contexto para comprender cómo ellos han podido participar en el mecanismo de estigmatización, pero igualmente por qué visibilizan las estrategias o las tácticas desarrolladas por los actores protagónicos.

Las inundaciones de diciembre de 1999 en Venezuela afectaron sin distinción poblaciones pobres o precarias y poblaciones de clases medias y acomodadas. En efecto, la zona del litoral se caracterizaba por la mezcla y proximidad de viviendas de grupos sociales diferentes. Las casas e inmuebles de vacaciones de habitantes de la capital estaban rodeadas por numerosas construcciones más o menos irregulares situadas en los flancos de la montaña y en los cuales habitaba una población de condición más precaria. Sin embargo, y el caso venezolano no es una excepción, la catástrofe afectó más fuertemente y de forma más prolongada a las poblaciones que eran ya más vulnerables.

Es difícil atribuir a los damnificados un origen social, cultural, “racial” e incluso geográfico común. No podemos pues calificar la población afectada por el desplazamiento como homogénea. Tampoco podemos afirmar que el grupo de *damnificados* y luego de *desplazados* constituye una identidad o identidades nuevas en Venezuela, aun si intentáramos “suavizar” dicho término y extraerle la acusación de esencialismo que pesa sobre él, estipulando que las identidades son “constituidas, fluidas y múltiples” (Brubaker, 2001, 66).

No obstante, en ciertos casos, la identificación como grupo de damnificados parece aportar un sentido al igual que el término desplazados que se moviliza en ciertas interacciones. La cuestión de la pertenencia a un grupo oscila entonces entre la constitución de una categoría “utilizada para la acción” (Barth, 1969) y una forma de categorización cuyos mecanismos se relacionan con la construcción del “estigma” (Goffman, 1975). El todo se juega en escenas diferentes que sin

embargo se cruzan, y al centro de las cuales los actores principales parecen a veces perdidos entre las diferentes apuestas que representan tales categorías.

El caso extremo estudiado nos revela mecanismos identitarios más generales. Los individuos, tal como se observan aquí, evolucionan entre diferentes categorías móviles y situacionales, que pueden movilizar una por una o simultáneamente. Los irs y venires entre las asignaciones exteriores y su apropiación no se realizan fuera de las relaciones de poder y revelan procesos sociales construidos a la vez históricamente y en constante renegociación.

“Damnificados”, “dignificados”, “constructores de nuevos horizontes”

Inmediatamente después de las inundaciones nos encontramos frente a una sucesión de construcciones en materia de términos. De “damnificados” devienen “dignificados”, luego “desplazados” y hasta “constructores de nuevos horizontes”. Se trata entonces de comprender cómo dichos términos han sido escogidos, y por quién utilizados o asimilados con el fin de descifrar el impacto que han tenido y tienen aún hoy sobre el reposicionamiento de estas poblaciones en la palestra social, económica, política e incluso cultural.

Juego de palabras entre la prensa y el gobierno

Para designar las personas que sufrieron las inundaciones y sobrevivieron, el término genérico utilizado a la vez por la prensa y las instituciones, gubernamentales o no, encargadas de atender la catástrofe y sus consecuencias es el de *damnificados*.

El verbo “damnificar” viene del latín *damnificare* que significa: causar daño que, a su vez está relacionado con la raíz latina *damnare* que significa: condenar, censurar, culpar, reprender, criticar. Dicho verbo hace alusión a un daño material cuya raíz evoca sin embargo aspectos “morales”. Esta dualidad de sentido pone de manifiesto, en el caso que nos ocupa, el desfase existente entre el origen “natural” de la catástrofe que nos remite a una responsabilidad “divina” y la necesidad de su humanización a través de la búsqueda de un culpable. Si la palabra *damnificado* es un término casi “técnico”, sin connotaciones *a priori*, uno se percató que dicha palabra, estudiando los usos que de ella se hacen, está en el centro de diferentes juegos de poder.

Hay que recordar que, en el contexto en el cual se desarrollan los eventos aquí presentados, se asiste a un enfrentamiento particularmente significativo entre el presidente Chávez y el sector privado. Los medios de comunicación, y notablemente la prensa escrita, juegan en este enfrentamiento un papel no deleznable, en la medida en que el conjunto de la prensa escrita nacional, con contadas excepciones, se ubica claramente en oposición al Presidente. La catástrofe natural constituye una ocasión particular de observar cómo se desarrolla este enfren-

tamiento. Ese ir y venir entre las declaraciones del presidente Chávez y la utilización de términos por la prensa es lo que nos interesa en primera instancia.

La prensa utiliza mayoritariamente el término “damnificados” acompañándolo a menudo de la precisión: “damnificados del estado Vargas” o “damnificados de Vargas”. Recordemos que, sin embargo, todos los damnificados no provienen de dicho estado, pero parece que la identificación regional es en este caso portadora de sentido¹⁰. Poco a poco, el término no designará sino a aquellas personas que han sido damnificadas durante las inundaciones y que viven en los refugios, es decir que son asistidas por el Estado.

El presidente Chávez parece comprender rápidamente el interés que tendría una estrategia de comunicación basada en la construcción de una identificación positiva a partir de la catástrofe. Es así como enseguida después del 15 de diciembre él pronuncia una alocución televisada en la cual promete que:

Las personas que han perdido sus viviendas por la tragedia serán enviadas al interior para que hagan despegar polos de desarrollo y serán *dignificados*, no *damnificados* (Rivas, 2000, 369).

Esta promesa tiene un impacto extremadamente importante sobre el conjunto de la sociedad venezolana. Como lo analiza Eloy Rivas (2000), esta proposición de “hacerlos dignos” debe ser puesta en paralelo con un proceso que toca la sociedad venezolana en su conjunto y que fue una de las puntas de lanza de la campaña de Chávez en 1998. Se trata de reintroducir la moral en el corazón de la República. En efecto, la dignidad hunde sus raíces en la modernidad. Ella misma impone el humanismo y coloca al individuo en el centro del nuevo cosmos social contra el orden de la sociedad holista. La modernidad marca igualmente la aparición de una filosofía jurídica de derechos humanos. Así, luego del pasaje del estado de naturaleza a la condición humana, el descubrimiento de la dignidad conduce a la dignidad igual de los hombres entre sí (Pavia, 1999, 3). El anuncio de una voluntad de “dignificación” nos impone entonces considerar ésta no solamente en el ámbito individual, sino igualmente en el colectivo. En el plano individual la “dignificación” podría reunirse con la explicitación de la libertad individual. En el plano colectivo ella escenifica el espacio social en el cual la implementación de políticas debe asegurar los derechos sociales y fundamentales que garanticen dicha dignidad igualitaria. Nos situamos aquí en el corazón de la relación Estado-ciudadano. En el centro de este proceso o de esta voluntad afirmada, se encuentra el presidente Chávez, colocándose como figura emblemática de este “combate” por la dignidad.

¹⁰ Los mecanismos relativos a esta construcción son objeto de un capítulo de nuestro trabajo de investigación en el marco del diploma de DEA (ver nota 1). En efecto, la relación entre identidad y territorio requiere de una prudencia muy particular, tanto más en el caso que nos ocupa cuando un fuerte estigma es igualmente asociado al grupo de *damnificados*.

La aparición de este término se acompaña, en el uso que hace el presidente Chávez, de la voluntad de recordar que las víctimas de las inundaciones de 1999 no son si no la parte más visible, en ese momento preciso, de una tragedia más general que afecta el país: la exclusión de la gran mayoría de sus miembros. Si se trata de darles a las víctimas de las inundaciones su dignidad, Chávez no dejará de ligar este evento con los fenómenos de exclusión que existen en el país. Es así, por ejemplo, que el 6 de octubre de 2000, cuando el gobierno organiza el “Primer encuentro de familias damnificadas”, Chávez recuerda que:

La labor gubernamental no sólo busca beneficiar a las víctimas de la tragedia del litoral central, sino que es una consigna que es bien válida para todo el pueblo venezolano, porque el pueblo está damnificado: sin vivienda, sin trabajo, sin escuela, sin salud (*El Nacional*, 7-10-2000).

El término *dignificados* lanzado por el presidente Chávez será enseguida reutilizado por la prensa pero para denunciar el incumplimiento de las promesas del Presidente. Casi sistemáticamente entre comillas o seguido de un signo de interrogación, los diarios utilizarán esta expresión para ilustrar artículos que denuncian la situación precaria de las víctimas de las inundaciones. Se encontrarán así en la prensa nacional titulares tales como:

Vargas afronta su segunda tragedia. Estudiantes y damnificados tomaron la avenida Soubllette por falta de soluciones habitacionales (*El Nacional*, 22-2-2000).

Refugiados. No sólo hay en Chechenia o Timor Oriental. Nuestro país también tiene sus propios desplazados: los “dignificados” del presidente Chávez (*Tal Cual*, 6-4-2000).

Los olvidados de Vargas. Sembrados en el desarraigo. Las mismas calamidades se repiten en casi todas las comunidades a donde el FUS envió a los “dignificados”: Maraibo y Guanare sirven de ejemplo (*La Nación*, 13-6-2000).

En orden cronológico, el término *dignificados* aparece entonces justo después de *damnificados*. Sin embargo los dos términos casi siempre han cohabitado. Los retos que la expresión “dignificados” porta giran alrededor de las promesas del presidente Chávez de transformar el drama en una ocasión de reducir las desigualdades en el país. Este término crea entonces a la vez esperanzas y decepciones, y uno puede preguntarse hasta qué punto él no dio nacimiento en el imaginario colectivo a una población que iba a ser particularmente aventajada por el hecho de haber sobrevivido a la catástrofe natural de 1999. Este hecho habría participado en parte en la construcción del estigma que rodea hoy a las víctimas.

En el centro de esta polémica sobre los términos y los desafíos que ellos representan, encontramos enseguida otra expresión que nace luego del encuentro de familias damnificadas del 6 de octubre de 2000 que acabamos de evocar. Se encuentra en la prensa de los días siguientes al encuentro de un aviso publicado conjuntamente por el Ministerio de la Salud, el de Desarrollo Social y el FUS titulado:

Los afectados por la tragedia ocurrida en diciembre pasado, ahora “constructores de nuevos horizontes”, a la opinión pública nacional (*El Nacional*, 12-10-2000).

Este aviso retoma los “acuerdos” concertados entre los “450 delegados provenientes de todos los refugios militares, civiles, solidarios y nuevos asentamientos”, durante el encuentro. El primero de estos acuerdos es el siguiente: “Solicitar formalmente la no utilización de los términos peyorativos de damnificado, afectado o dignificado, que consideramos discriminatorios...”.

El segundo “acuerdo” estipula: “A partir del día sábado 7-10-2000 exigir la denominación futurística de ‘constructores de nuevos horizontes’, para tal efecto se solicita al Gobierno Nacional la realización de una campaña de concientización”.

Los objetivos no explícitos que están en juego con este encuentro organizado por el gobierno son importantes. Por una parte hay que señalar que en los refugios todavía emplazados y en los nuevos barrios en los cuales las primeras familias fueron desplazadas cierta movilización se había podido construir en torno a reivindicaciones referidas al empleo, el acceso a servicios y el cumplimiento de las promesas hechas por el presidente Chávez luego de las inundaciones. Los damnificados dispersos en el territorio adquirieron gracias al apoyo de ciertas ONG y a la formación recibida en los refugios, competencias organizativas que les permitían constituirse en verdaderos actores. La organización de este encuentro por el gobierno en 2000 puede ser que haya tenido por objetivo contener las capacidades o las voluntades de movilización de estos actores. Ella ha tenido en todo caso como efecto el dismantelar de forma eficaz buena parte del proceso organizativo implementado por diferentes grupos de damnificados en el país.

Uno es llevado entonces a dudar de la solidez de esos “acuerdos” y puede cuestionarse el hecho de que el término *constructores de nuevos horizontes* sea el resultado de una lógica de autoidentificación positiva que intentaría responder a la estigmatización encontrada desde la catástrofe natural. La construcción de esta expresión parece más bien provenir del gobierno que de los propios interesados. Es entonces importante subrayar la dimensión identitaria, territorial y temporal que porta dicha fórmula.

Esta expresión de *constructores de nuevos horizontes* tendrá al igual que *dignificados* una vida relativamente corta. Ella no será retomada por los mismos damnificados. En revancha, la prensa la recupera tratándola de la misma manera que el término “dignificados”, es decir entre comillas y para señalar el contraste que evoca con respecto a la situación real de las familias. Un ejemplo:

Los “constructores de horizontes”, como llaman en el FUS a los damnificados, aún no tienen horizonte (*La Nación*, 14-6-2001).

Finalmente, en la prensa otros términos vuelven con menos frecuencia y sirven igualmente para designar a los damnificados. Son términos como “sobrevivientes”, “víctimas”, “afectados”, pero también “reubicados”, “inmigrantes”, “varguenses” y aun “olvidados”. Estas apelaciones recurren a tres mecanismos centrales: los tres primeros designan las inundaciones como punto de partida en la existencia del grupo. El origen de su existencia colectiva es pues la catástrofe natural. Los tres siguientes acentúan el origen geográfico de esas personas y se acercan en ese sentido a las explicaciones en términos de desarraigo, léase culturalistas. Finalmente, el último “olvidados” destaca las carencias de un Estado que ha generado en torno de estas poblaciones muchas expectativas a las cuales no ha podido responder.

Estos “juegos de palabras” tienen entonces un impacto muy fuerte sobre la modificación del estatuto de las personas que designan. Al centro de las construcciones de categorías que inducen, el gobierno y la prensa juegan un papel fundamental. Pero otros actores utilizan también los mecanismos de categorización para desarrollar, por ejemplo, estrategias de movilización a partir de una apelación “colectiva”.

ONG: Categorías y estrategias de movilización

Aquí nos basaremos en el análisis del trabajo de la ONG EFIP¹¹. Su presencia en este contexto ha sido particularmente significativa en la medida en que ha trabajado en los refugios de Vargas durante todo el año 2000. Su trabajo con los damnificados ha sido básicamente de formación y acompañamiento del proceso de organización. Esta implicación ha perdurado luego del desplazamiento especialmente con la implementación de encuentros entre familias de desplazados y el intento de constituir una coordinación nacional.

La movilización que esta ONG ha efectuado en los refugios se construye en un primer momento en torno al término damnificados. Esto se afirma por ejemplo en el apoyo a la Constitución durante el año 2000 de Asodam: Asociación de Damnificados del Estado Vargas, que permitirá a las víctimas que viven en los refugios reivindicar su participación en las decisiones que les conciernen.

El término permitía ciertamente encontrar, de una parte, una denominación común para la multitud de situaciones y en cierta forma homogeneizar el grupo en torno a un fenómeno vivido por todos: la catástrofe natural. Por otra parte, la palabra *damnificados* permitía reagrupar el conjunto de reivindicaciones alrededor de una justificación común: el hecho de ser víctimas del siniestro.

¹¹ Equipo de Formación, Información y Publicaciones.

En el momento de la evacuación de los últimos refugiados en diciembre de 2000, EFIP acompañó algunos grupos a sus nuevos lugares de instalación. Enseguida, luego de visitas realizadas en seis regiones del país y constatando las dificultades afrontadas por las familias, la asociación vislumbró organizar, con los líderes de los grupos de desplazados a los nuevos sitios, un “encuentro nacional que les permitiese no sólo intercambiar informaciones y experiencias, sino dinamizar alternativas para fortalecer el proceso de formación y organización” (EFIP, 2001).

Desde entonces, en los documentos de la ONG, el término *desplazados* aparece. Este no reemplaza totalmente al de *damnificados* pero va a ser particularmente útil en el momento en que el rechazo de las poblaciones víctimas que llegan en las diversas regiones del país está en el centro de las preocupaciones. Es en torno del término *desplazados* que la EFIP logrará implementar un plan de acción nacional que conducirá a la organización de varios encuentros regionales y luego de uno nacional del 27 al 29 de julio de 2001 en el estado Portuguesa. Este encuentro es oficialmente organizado de manera conjunta entre EFIP y Asodam.

La prensa retomará esta denominación, pues, enseguida de este encuentro del mes de julio 2001, se encuentra por ejemplo:

Mesa nacional de negociaciones proponen damnificados de Vargas. Los llamados “dignificados” por el presidente Hugo Chávez o “constructores de nuevos horizontes” por el FUS prefieren ser conocidos como “familias desplazadas” (*Tal Cual*, 31-7-2000).

El término desplazados permite tal vez también a la ONG EFIP y a los mismos damnificados trasladar el origen de los problemas encontrados por esas familias. Ya no es porque ellos han sido víctimas de la catástrofe natural (damnificados) que son rechazados, sino porque han sido desplazados de su lugar de “origen”. Sin embargo las acciones realizadas y las tentativas de organización apoyadas por la ONG no se concentran en torno de la reivindicación de reasentamiento en Vargas, sino sobre acciones para apoyar a los grupos en su organización en los nuevos lugares de vida con el fin de facilitar su “integración”. A pesar de todo, se debe resaltar que ese deslizamiento semántico permite adjudicar una causa social a la desgracia vivida por las víctimas y ya no más una causa natural —léase, divina—: la catástrofe.

Hay, por otro lado, que recordar la importancia creciente que el término “desplazados” ha tomado en el contexto vecino, en Colombia, con los desplazamientos forzados de población ligados a la violencia. No es anodino que éste haya sido retomado por una ONG sensibilizada con problemáticas internacionales y que tal vez ha intuido qué tanto la utilización de un término tan evocador en el contexto regional puede permitir hacer visible un proceso local.

Autoidentificación: apropiación de términos

Las lógicas de construcción de diferentes categorías son entonces manifiestamente inherentes a estrategias de actores exteriores (gobierno, prensa, ONG). Sin embargo, los mecanismos de apropiación o de rechazo de términos nos muestran el impacto que tienen las categorizaciones sobre las personas que ellas designan.

Como se ha visto, el término *damnificados* es retomado por los principales interesados, que hacen de él, durante el período de vida en los refugios, el punto de articulación de sus intentos de organización. Pero, de parte de las víctimas, el uso del término *damnificados* no puede reducirse a una utilización “instrumental”. Este se encuentra en las primeras narraciones que nos hacen las personas desplazadas en Zulia para describir por ejemplo su nuevo barrio:

La primera etapa es ésta, es para los damnificados. La segunda etapa, para las personas naturales, de aquí (Entrevista, 15-12-2001).

El término *damnificados* permite el nacimiento de un “nosotros” cuyo sustento colectivo es construido en torno de las dificultades encontradas y los sufrimientos compartidos:

Pero mira, nosotros los damnificados pasamos humillaciones. Mira, con todo lo que nos ha pasado aquí, ¡hombre! Hemos llorado (Entrevista, 19-12-2001).

El carácter peyorativo del término es igualmente resentido. De esa manera Noemí nos explica por qué los *damnificados* fueron “echados” de sus casas por los “maracuchos”:

Sí, porque no quieren vivir con damnificados. No sé cuál es su mente, pero es así... (Entrevista, 15-12-2001).

Inversamente, el término *dignificados* lanzado por el presidente Chávez no fue el objeto de una reapropiación por los actores concernidos, de la misma manera que *constructores de nuevos horizontes*. Su utilización no ofrecía visiblemente la posibilidad ni de construir alguna reivindicación de mejoramiento de la situación, ni de entrar en el proceso de normalización deseado por algunos.

El proceso de apropiación del término *desplazados* por las víctimas que viven en el estado Zulia nos muestra por el contrario un aspecto particular del uso de categorías. Si éste es poco utilizado en las conversaciones corrientes, él aparece sin embargo en contextos precisos, como durante la entrevista con una de las líderes de las víctimas desplazadas a Villa Baralt en el estado Zulia, cuando nos explica que “la comunidad” está creando una asociación llamada Aprobalt, que es, según sus términos: una “asociación para el desarrollo social, cultural, eco-

nómico y humano de los desplazados del estado Vargas que residen en Villa Baralt” (Entrevista a Noemí, Villa Baralt, 15-12-2001). Cuando le preguntamos para qué sirve la asociación ésta es su respuesta:

Noemí: Nosotros nos estamos encargando más que todo de la formación. De formarnos como nuevas personas, el desarrollo humano, del mejoramiento de la calidad humana nuestra para poder adaptarnos al sistema, pues. De aquí, de este estado. Y, de una manera legal, representarnos dentro de esa asociación. Ante la ley. Porque si tenemos eso, la ley, podemos ser un grupo. Y ese grupo, nosotros lo llamamos el grupo de los desplazados, hay que dar un carácter jurídico a eso.

Sandrine: ¿Entonces se trata de defender los derechos de los desplazados?

Noemí: Sí, de los desplazados. Por ejemplo nos dicen que si el presidente Chávez sale del gobierno, nos van a quitar las casas. Inclusive, eso es una amenaza que dice la gente (Entrevista, 15-12-2001).

Luego de la experiencia adquirida en los refugios y la movilización desarrollada en torno del colectivo de damnificados, los líderes comunitarios han comprendido por una parte lo que está en juego con respecto a una categoría movilizadora, y por otro lado la importancia de la existencia jurídica y formal de este grupo. Es para responder a las “amenazas” que el grupo debe existir jurídicamente. Así, evaluando el contexto y movilizando los saberes de fondo para ubicarse en la situación actual, los *desplazados* implementan estrategias que les permiten resistir a las presiones de la nueva situación.

El análisis de las diferentes denominaciones y sus usos nos confirma la importancia de la terminología en los procesos de identificación operados por los grupos y las personas. Las palabras utilizadas permiten descifrar las lógicas de los actores y las posturas sociales que les son inherentes. En esos procesos se cruzan designaciones exteriores y autodesignaciones, en movimientos complejos donde se confronta la construcción de una imagen de sí, valorizada o desvalorizada, tanto como su instrumentalización. Así como el hecho de vivir en un refugio ha podido permitir en un momento dado beneficiarse de ciertas ventajas, la constitución de un sujeto político *damnificado* o *desplazado* posee también fines prácticos.

“Nosotros” y “Ellos”: ¿quiénes son los Otros?

Si podemos identificar, a través de procesos complejos de auto y heteroidentificación, el surgimiento de un “nosotros” que se articula, así sea caóticamente, en torno de los eventos de diciembre de 1999, y si, en tanto que ese “nosotros” no existe sin “ellos”, es necesario, entonces, intentar saber cómo son percibidos los otros. Hemos escogido ubicarnos, para el estudio de esta cuestión, desde el punto de vista de los damnificados, para intentar comprender cómo estos últimos perciben a aquellos que no hacen parte de esta “comunidad” de víctimas y desplazados. Se trata pues de adoptar un ángulo diferente, aquel del otro, del “marginal” que deviene mayoritario.

La capacidad de “réplica” que se desprende de este análisis llega a mostrar, contrariamente a la posición defendida por Norbert Elias (1965), que en el caso que nos ocupa el grupo “marginal” que constituye los *damnificados* alcanza un grado de cohesión suficiente para utilizar a su vez los mecanismos verbales de creación del estigma y construir en torno de los “instalados” una alteridad amenazante y peligrosa. Estas construcciones coexisten por lo demás con la interiorización del prejuicio negativo atribuido a los *damnificados*.

El otro es localizado

Pareciera que se puede intentar organizar las alteridades construidas por los *damnificados desplazados* en el estado Zulia en función de las interacciones que las producen, pero igualmente del espacio físico en el cual estos últimos se desarrollan. Nos situaríamos entonces en lo que Barth llama una “perspectiva ecológica” (196, 219) que nos llamaría a explorar los diferentes “nichos culturales” en la búsqueda de espacios de articulación entre los “grupos”. Pero también se podría tomar a Goffman quien analiza las diferentes estructuras en el seno de las cuales los contactos se producen y que constituyen otros tantos condicionamientos sobre los “roles”. Estas estructuras que Goffman llama los “lugares de la acción” (1974, 158) en las cuales se puede observar la “separación de roles” (1974, 96) más o menos neta que operan los actores.

Se distingue primero un otro que se sitúa en el ámbito de la región. Se trata de los “zulianos” o de manera más recurrente los “maracuchos”, aun si éstos no viven en la ciudad de Maracaibo. En esta denominación de un otro localizado se encuentran igualmente dos categorías: los “colombianos” y los “guajiros”.

Los colombianos portan también un estigma bastante fuerte. Ellos son asimilados a inmigrantes ilegales, marginales, traficantes. En ciertos sitios donde los barrios vecinos son habitados fundamentalmente por colombianos, el estigma está muy presente en los discursos. Cuando Neida, damnificada que habita en Villa Baralt, nos habla de los problemas de seguridad en el barrio, nos explica: “Es por la zona, hay muchos marginales, hay colombianos”. Y cuando la señora Gómez —ella misma indígena wayú— vio llegar “los de Vargas”, ella pensaba que eran colombianos, “porque eran todos negros” (Entrevista, 26-12-2001).

El término “guajiro” es esencialmente utilizado para aquellos que no viven en presencia próxima de comunidades indígenas. En Villa Tamare, por ejemplo, donde los vecinos directos son indígenas de la comunidad wayú, se les llama “los wayú”. Pero en los otros barrios que están en menor contacto se designan a los indígenas con el nombre genérico de “guajiro”.

Parece entonces que existen mecanismos de jerarquización de la estigmatización, transformándose ésta en función de los actores que la construyen y la utilizan. La señora Gómez, por ejemplo, puede perfectamente encontrarse en ciertas

circunstancias en posición de estigmatizada como indígena, pero ella encuentra con el caso de los colombianos, y de una manera más general de “los negros”, que ella no es tan estigmatizada. Neida, que viene de Vargas, vive a su turno situaciones de rechazo y estigmatización pero se protege construyendo a su vez una asociación estigmatizante hacia los colombianos.

De otra parte, hay que señalar que ninguna de estas construcciones es fija o definitiva ya que se observa cierta evolución. Mientras al comienzo la percepción de los otros se hace de manera indistinta, los otros serán todos esos que no forman parte del “nosotros”. El paso de los meses ha permitido hacer la distinción entre los maracuchos, los colombianos, los guajiros y con esta diversidad se instalan otros niveles de relaciones.

El otro a la vez competidor y necesario

Un término que retorna a menudo para designar aquellos que no son *damnificados* es el de “compradores”, lo que tiene una significación particular en la medida en que hace énfasis en los procesos relativos a la propiedad de las casas. En efecto, los damnificados, en el marco de una política social destinada a permitirles una integración más fácil en las regiones receptoras, han tenido un acceso particularmente fácil a la propiedad. Las casas les han sido “puestas a disposición” bajo el único criterio de ser *damnificado* y un sistema de crédito debía ser implementado con un acceso a la propiedad por un precio que cubre aproximadamente 10% del valor de la casa. En contraste, los “compradores” son las personas no damnificadas que han comprado las casas a precio fuerte, ya sea al Estado, o de manera ilegal a quienes dichas casas les habían sido asignadas. La lucha por el espacio está en el centro de la construcción de cierta alteridad y, en consecuencia, una cierta faceta de la identidad.

Pero las construcciones de categorías para designar al otro no operan todas en torno del conflicto. A veces, la complementariedad interviene también. En el marco de la interdependencia que se crea, el otro es entonces definido en función de la utilidad que puede tener para sí mismo o para el grupo.

Una ilustración de este fenómeno aparece en la entrevista con Noemí. Habiendo llegado a Villa Baralt hace un año, ella está montando una línea de transporte colectivo que une la urbanización con el barrio La Curva a unos quince minutos de allí. Noemí me cuenta de su proyecto:

Noemí: El proyecto es nuestro, pero incluimos en el proyecto a personas de bajos recursos de aquí. Ellos tienen carritos en malas condiciones, y nosotros les dimos a ellos para que ellos comenzaran, antes que a nosotros nos apoyen en el proyecto. Parece que va a estar el año que viene, estamos en conversaciones para eso.

Sandrine: ¿Entonces hay gente de aquí con los cuales se puede hablar y hacer cosas?

Noemí: Si, nos ha costado. Son personas no exactamente de aquí, sino... contactos que hemos hecho, pues. Inclusive de la misma gente que nos rechazaba, pero hemos hablado con ellos.

Aquí estamos frente a un proceso que nos remite a lo estudiado por Barth quien analiza las situaciones entre los grupos étnicos en una perspectiva ecológica en términos de complementariedad:

La relación positiva que une varios grupos étnicos en un sistema social englobante depende de la complementariedad de los grupos (...). Tal complementariedad puede hacer surgir una interdependencia o una simbiosis, y constituye las zonas de articulación (1995, 218).

El análisis de diferentes niveles de identificación y de construcción de la alteridad en el contexto que nos ocupa nos confirma que existen tantas imágenes de los otros como existen imágenes de sí. Son las interacciones las que determinarán esas diferentes construcciones. Éstas son entonces móviles, reversibles y pueden combinarse.

Conclusión

En este recorrido sinuoso en la búsqueda de diferentes representaciones de sí y de los otros, que se han construido en el curso de los dos años que separan el momento de nuestra investigación del evento representado por las inundaciones de 1999, ha surgido una tensión. Los procesos de identificación y de reconstrucción se hacen particularmente complejos. Hay tensión entre el hecho de buscar una “humanidad común” al tiempo que se reivindican los derechos particulares ligados al hecho de ser una “víctima”.

Puede ser en torno de la dificultad de construirse una identidad propia y de reivindicarla que hay que buscar una pista de explicación. Como lo sugiere Michel Agier, debemos ciertamente detenernos en la dificultad de situarse frente a esta identidad de *damnificados* o de *desplazados*, “identidad dada en la coacción y sin comunidad, es decir, sin lugar y sin cultura que les sean propias y les den fundamento. Toda comunidad de interés, necesaria desde que el exilio perdura y hace que se deba actuar para sobrevivir, debe entonces concebirse en condiciones particularmente adversas, marcadas por la heterogeneidad étnica, social o política, y por la desvalorización de esta nueva identidad a ojos de los otros” (Agier, 2002, 56).

Entre otras, es probablemente en la gestión misma de la crisis, a la vez por las autoridades gubernamentales y por los actores “humanitarios” (internacionales y nacionales) que se deben buscar las raíces de un posicionamiento social en tanto que “víctima” que no facilita la emergencia de actores protagónicos. Así, las estrategias colectivas implementadas para superar los fenómenos de rechazo, estigmatización y dependencia, creados por la crisis, se apoyan, como se ha visto,

en la utilización de ciertas categorías tales como la de *damnificados* o *desplazados*. Pero ellas se organizan en un contexto que no les favorece. Proponemos entonces hablar en ese caso de “tácticas” en la medida en que este término parece describir bien el universo en el cual se desarrollan las prácticas descritas aquí y poner en evidencia el diferencial de poder existente entre los actores en acción. “Arte del débil, (...) la táctica es determinada por la *ausencia de poder*” (de Certeau, 1990, 61-62).

Es en el marco de esta ausencia, o más precisamente de ese desequilibrio de poder, donde se ubican el conjunto de procesos de identificación evocados aquí. El uso y apropiación de categorías asignadas por actores exteriores, tales como la prensa, el gobierno o las ONG, proceden todavía más de estas “tácticas” que se articulan en un universo coercitivo en el seno del cual detectan “rayas, resplandores, rasguños y descubrimientos en la cuadrícula de un sistema” (de Certeau, 1990, 62).

Hacer visibles esos mecanismos y esas tácticas parece tanto más importante en cuanto su existencia permite dar razón de fenómenos que se sitúan en los “márgenes” de la sociedad global donde la informalidad se codea con la creación de normas, donde los no-dichos construyen casi tantas situaciones como las acciones, donde la ilegalidad hace parte integral de lo cotidiano. Se trata entonces de elaborar marcos a la vez metodológicos y conceptuales que puedan dar cuenta de la fluidez, la informalidad y la movilidad de estos fenómenos.

Bibliografía

- Agier, Michel (2002): *Aux bords du monde, les réfugiés*, París, Flammarion.
- Baby-Collin, Virginie (2000): “Les barrios de Caracas ou le paradoxe de la métropole”, *Cahiers des Amériques latines*, n° 35, París, pp.109-128.
- Barth, Frederick (1995): “Les groupes ethniques et leurs frontières” en P. Poutignat y J. Streiff-Fenart, *Théories de l'ethnicité*, París, PUF (1969), pp. 203-249.
- Bolívar, Teolinda (1995): “Urbanizadores y constructores para ser ciudadanos. Creación de vidas en la necesidad”, *Revista Urbana*, n° 16-17, pp. 31-52.
- Briceño-León, Roberto (1992): *Venezuela: clases sociales e individuos*, Caracas, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana.
- Brubaker, Rogers (2001): “Au delà-de l' 'identité'”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, n° 139, septiembre, pp. 66-85.
- Candau, Joël (1996): *Anthropologie de la mémoire*, París, PUF, Que sais-je?
- Certeau, Michel de (1990): *L'invention du quotidien. 1. arts de faire, 2. habiter, cuisiner*, París, Gallimard, Folio essais.
- Douglas, Mary (1971): *De la souillure*, París, François Maspero.
- EFIP (2001): Boletín “Solidaridad Permanente”, 1^{er} trimestre, p. 5.
- Elias, Norbert (2000): *Logiques de l'exclusion*, París, Fayard, Pocket Agora, (1^a ed. 1965).

- García, Jesús [Chucho] (2000): “La tragedia que sacudió al mundo. Ochenta por ciento de los afectados son afrovenezolanos”, *Africamérica*, Caracas, n° 8.
- Goffman, Erving (1975): *Stigmate*, París, Les Editions de minuit.
- Hurtado, Samuel (1995): “Matrisocialidad y la problemática estructural de la familia venezolana”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, n° 1, enero-marzo, pp. 147-167.
- Pavia, Marie-Luce (1999): “La découverte de la dignité de la personne humaine” en Marie-Luce Pavia, Thierry Revet (dir.), *La dignité de la personne humaine*, París, Economica, pp. 3-23.
- Pedrazzini, Yves (2001): “Barrios, gangs, enfants de la rue...: Culture d’urgence et culture de l’asphalte en Amérique latine”, Communication séminaire Prisma-4, Toulouse, 10-11 de mayo de 2001.
- Pollak-Eltz, Angelina (1993): “¿Hay o no hay racismo en Venezuela?”, *Ibero Amerikaniches Archiv*, Berlín, vol. 19, n° 3/4, número especial, pp. 271-289.
- Rivas, Eloy (2000): “Dignificación de los damnificados: aproximación a una Constituyente Moral”, *SIC*, Caracas, n° 628, sept.-oct., pp. 369-371.